

HEGER, Heinz: *Los hombres del triángulo rosa. Memorias de un homosexual en los campos de concentración*. Traducción de Eduardo Knörr Argote. Madrid: Amaranto 2002. 164 pp.

El título de esta obra objeto de reseña descubre el contenido con precisión: los hombres del triángulo rosa. El subtítulo descifra la intención: memorias de un homosexual en los campos de concentración nazis. El autor, Heinz Heger, pseudónimo del escritor vienés Hans Neumann¹ (1914-1979), describe fielmente un aspecto poco conocido de la barbarie nazi: la persecución sistemática de los homosexuales. A diferencia de los numerosos relatos existentes de judíos supervivientes de los campos de concentración, apenas hay testimonios de una minoría socialmente tildada de nociva, enferma, degenerada y débil, olvidada por los hechos históricos y estigmatizada con un símbolo peculiar: el triángulo rosa². Sin embargo, y paradójicamente, la importancia que esos acontecimientos poseen en la conciencia histórica del presente parece mucho mayor que hace unas décadas.

Los hechos relatados y vividos en primera persona por Joseph K., sobreviviente de la hegemonía ideológica, describen la trayectoria legislativa hasta suprimir los derechos fundamentales de todo ser humano, cómo se llevó a cabo la persecución de estos hombres y las torturas y vejaciones sufridas, con un único fin: ni lo sabemos todo ni la aberración no es tan ajena; resulta fundamental, incluso en la actualidad, comprender mejor la naturaleza de los actos para impedir su repetición, en otro lugar, en otro momento. Demasiados son los signos que muestran que la brutalidad ejercida en los campos de concentración podría repetirse si se dan las condiciones adecuadas, que las masas se habitúan a la violencia y al crimen si se les plantea desde un nivel superior como una exigencia patriótica, racial o religiosa³.

Resulta interesante e interrogante cómo la historia califica a determinados grupos sociales: “violetas”⁴, así se denominaban los homosexuales en España durante la dictadura de F. Franco, al menos su génesis poseía tintes culturales ya que procedía de la obra *La prisionera* (Édouard Bourdet, 1926), en la que la pre-

¹ H. Heger tardará varios años hasta que una editorial publique el manuscrito; se trataba, además, de su primer libro. *Die Männer mit dem rosa Winkel* será publicada en 1972 por la editorial Merlin; en 1980 aparecerá la traducción inglesa en Estados Unidos y Gran Bretaña. La reedición de esta obra, en inglés y en alemán, la convierte en el testimonio personal más importante de la persecución nazi contra los homosexuales.

² Explica H. Heger que el motivo por el que la literatura de supervivientes homosexuales no abunda, es sencillo, dado que al finalizar la guerra la homosexualidad seguía estando mal vista en Europa, e incluso castigada en muchos países, tal es así que los que habían sido prisioneros del triángulo rosa no se atrevían a airear y mucho menos a publicar sus experiencias, temerosos de avergonzar a sus familiares y de sufrir nuevas penalidades. Con todo, quedaban reducidos al silencio.

³ TORAN, R., *Los campos de concentración nazis. Palabras contra el olvido*. Barcelona: Editorial Península 2005, 12.

⁴ ARNALTE, A., *Redada de violetas. La represión de los homosexuales durante el franquismo*. Madrid: La esfera de los libros 2003, 19. Otros calificativos que recibían los homosexuales: sarasas, mariposas, marimachos, tribadas, gente de la cáscara amarga o de la acera de enfrente, entre otros.

sencia de una lesbiana que rompía la paz de los hogares burgueses convencionales estaba marcada por esta flor. La violeta se convertiría en el icono de la homosexualidad en general y con posterioridad teñiría a los homosexuales masculinos, denostados así por autoridades y periodistas de sucesos. En Alemania, por el contrario, una vez que este colectivo ingresaba en prisión o en campos de concentración era señalado con diversas marcas: lunares negros, el número 175, la letra A⁵, hasta que se generalizó el pedazo de tela con un triángulo rosa. Colectivos separados por adjetivos y, en cambio, unidos por sus respectivos códigos penales⁶.

El código penal alemán de 1794, en su artículo 143, explicaba: “La fornicación contra natura, realizada entre personas del sexo masculino o de personas con animales, está castigada con una pena de cárcel de seis meses a cuatro años, además de la suspensión temporal de los derechos civiles” (§143 StGB)⁷.

En 1871, a raíz de la unificación alemana, el nuevo código penal introduciría el sustituto del anterior, el artículo 175, manteniéndose invariable. Desde 1965, en su apartado b, y hasta 1969 abarcaba incluso los “actos contra natura con animales”; además se endurece con el incremento de la pena máxima de seis meses a cinco años de prisión. Originariamente sólo refería la actividad sexual (a todo tipo de acciones obscenas) pero el nuevo apartado, 175b, pensado para “casos con agravante”, prescribía penas de uno a diez años de trabajos forzados. Hasta el 11 de junio de 1994 no sería derogado.

En 1898 las peticiones de Magnus Hirschfeld, famoso médico-sexólogo judío y defensor de los derechos de los homosexuales, y su Comité Científico-Humanitario fueron apoyadas por los socialdemócratas en el parlamento alemán con la finalidad de revocar el artículo 175. En 1929, y con el favor de los comunistas, consiguieron que un comité parlamentario recomendara su abolición. No obstante, de nada sirvió tanto esfuerzo e intensidad⁸ pues a finales de ese mismo año el partido nacionalsocialista alcanza 103 escaños y la reforma del código se convierte en una misión imposible. Cuatro años más tarde Hitler consigue el poder y, por ende, un largo periplo de promulgación de leyes que evidenciarán una

⁵ La letra A se correspondía al grupo denominado “asociales”, considerados una clase marginada de delincuentes, prostitutas, mendigos y vagos.

⁶ En España el código penal recogía la Ley de Vagos y Maleantes (04/09/1933), siendo modificada por la Ley de Peligrosidad Social en 1970 y vigente hasta 1978.

⁷ *Strafgesetzbuch*: Código penal. En el artículo 175 no se incluía la homosexualidad femenina, para el nacionalsocialismo el lesbianismo se trataba de una moda y no una debilidad genética, tanto es así que ninguna categoría identificaba a las mujeres homosexuales. Muchas de ellas se salvaron de las deportaciones gracias a su capacidad de procreación, que se correspondía con las normas de la política de natalidad nazi; sin embargo no se libraron ni de las persecuciones ni el ejercicio forzado de la prostitución en los campos de concentración en beneficio de los capos (prisionero con algunas responsabilidades sobre su brigada de trabajo) y de los propios reclusos.

⁸ Importantes científicos, artistas y escritores alemanes como Alfred Döblin, Albert Einstein, Georg Grosz, Gerhard Hauptmann, Hermann Hesse, Engelbert Humperdinck, Karl Jaspers, Käthe Kollwitz, Max Liebermann, Thomas Mann, Rainer Maria Rilke, Max Scheler, Arthur Schnitzler, Felix Weingartner, Heinrich Zille, August Bebel, Karl Kaustky y Harry Grad Kessler apoyaron en uno u otro momento la petición para invalidar el artículo 175.

campana de represión y exterminio contra sus enemigos predilectos sin precedentes en la historia europea.

Si admito que hay de uno a dos millones de homosexuales, esto significa que un 7 u 8% de los hombres son homosexuales. Y si la situación no cambia, significa que nuestro pueblo estará infectado por esta enfermedad contagiosa [...] A largo plazo, ningún pueblo podría resistir semejante perturbación de su vida y de su equilibrio sexual [...] La homosexualidad impide todo rendimiento, destruye todo sistema basado en el rendimiento. Y a eso se une el hecho de que un homosexual es un hombre radicalmente enfermo en el plano psíquico. [...] Nosotros hemos de comprender que si este vicio continúa extendiéndose en Alemania sin que lo combatamos, será el final de Alemania, el fin del mundo germánico.

(“Discurso de Heinrich Himmler sobre la homosexualidad”, 18/02/1937. Toran 2005: 41).

La política demográfica nacionalsocialista poseía una idea *sui generis* de la criminalidad, tal es así que un criminal era un producto de la biología, por tanto el castigo y la disuasión resultaban estrategias condenadas al fracaso y el entorno dejó de convertirse en el lugar de origen del crimen siendo reemplazado obviamente por la genética. A partir de esta creencia la reducción de las infracciones se basó en la eliminación del cuerpo peligroso, bien aislando a los “asociales” en campos de concentración o esterilizando a aquellos sujetos considerados “indignos” desde una perspectiva genética.

Joseph K., el protagonista austriaco de estas memorias, de familia pequeño burguesa con estricta moral católica, fue detenido en 1939 con 24 años y condenado a la pena de siete meses de prisión, endurecida con un día de ayuno al mes; a mediados de enero de 1940 fue trasladado a Sachsenhausen-Oranienburg, campo de tortura y de trabajos forzados y hasta 1942 el Auschwitz de los homosexuales; en mayo de ese mismo año viajaría definitivamente al campo de Flossenbürg (Baviera) con tan extremas condiciones de vida como el anterior. La pena de siete meses se mutó en seis años de penalidades, torturas y sometimientos; en la noche del 22 de abril de 1945 unos guardias de las SS lo abandonan en un campo junto a un grupo de homosexuales austriacos por temor a la llegada cercana de las fuerzas aliadas. Tras regresar del campo de concentración no fue readmitido en su antiguo puesto como empleado de la oficina de Correos, por tanto decidió trabajar como vendedor de artículos para el cuidado del cuero y el calzado; a la edad de 52 años se cambiaría al ramo textil. En sus reflexiones sobre la nueva estampa de Alemania le resultaba arrogante considerar que el destino había escogido a este país para dirigir y gobernar Europa, motivo suficiente como para no culpar ni con los nuevos amos nazis de Austria ni con su ideología, que no llegaba a comprender:

¿Qué había hecho yo para tener que pagar de esa manera? ¿Qué crimen infame había cometido o qué daño había causado a la sociedad? Había amado a un amigo mío, no a un menor, sino a un hombre adulto de 24 años. No encontraba nada malo ni de inmoral en ello.

¿Qué clase de mundo es este y qué personas viven en él para decirle a un hombre adulto cómo y a quién debe amar? ¿No es cierto que cuantas más inhibiciones

sexuales y complejos de inferioridad tiene un legislador, más se le llena la boca al hablar de los sentimientos supuestamente sanos de la sociedad? (29).

Finalizada la guerra, el Ayuntamiento de Viena constituye una oficina provisional para los repatriados de los campos de concentración, lo que suponía la respuesta a una indemnización que reconociera sus derechos como perseguido durante la ocupación nazi y condenado por un delito tipificado penalmente; no obstante las autoridades rechazaron todas sus propuestas animándole a que cambiara su triángulo rosa por el rojo, icono de los presos políticos; en calidad de “sarasa” no obtendría ninguna ayuda. Desde 1971, año en que se despenaliza la homosexualidad en Austria, y hasta 1992 Joseph K. consigue que el estado austriaco le computara el pago de la pensión tras numerosas solicitudes y trámites de documentación. Nuestro protagonista fallecería con 80 años en 1994 sin recibir la indemnización por la persecución que sufrió.

A través de las páginas de esta obra el lector descubre cómo se llevaba a cabo la persecución a los homosexuales; la Gestapo, policía secreta del Estado, decomisaba documentación, cartas, fotos con dedicatorias y libretas de direcciones a otros de sus homólogos o a sus propios compañeros sentimentales, bastaba con ser conocido para convertirse en sospechoso; a partir de ese momento comenzaba la detención, interrogatorio, ingreso en prisión y juicio. En su caso, el descubrimiento de una fotografía por parte de un importante personaje nazi del *Reich* y padre de su compañero sentimental, Fred, conduce al apresamiento. El procedimiento de su amigo, segundo acusado, sería sobreesido por enajenación mental y, obviamente, debido a las influencias del jerarca citado, que consiguió mantener a su hijo fuera del proceso. Aunque nuestro personaje se sometió a las leyes existentes contra la sodomía, muchos fueron sencillamente secuestrados en las calles y arrojados en campos de concentración sin pasar por los tribunales; en la intención subyacía un deseo extremo por alejarlos de forma permanente de la sociedad⁹.

El grupo de triángulos rosa de Sachsenhausen-Oranienburg estaba compuesto de 250 hombres, sus distintivos debían superar en centímetros al resto de símbolos¹⁰ de colores con la única función de ser reconocidos claramente desde lejos. Judíos, homosexuales y gitanos eran los prisioneros que con mayor asiduidad y dureza sufrían las torturas y golpes de los superiores. Los jefes de la SS y el director del campo los describían como escoria de la humanidad, gente sin derecho a vivir en suelo alemán que debía ser exterminada. Sin embargo, “los segundos constituirían la última basura de esta escoria” (38). Ya en el recinto eran obligados a permanecer desnudos y descalzos en pleno mes de enero y con temperatura bajo cero, ducharse con agua fría hasta desmayarse y congelarse, eran rasurados al completo (incluso el vello púbico), sólo les estaba permitido dormir con camiso-

⁹ FRITZSCHE, P.: *Vida y muerte en el Tercer Reich*. Barcelona: Editorial Memoria Crítica 2009, 112.

¹⁰ Los colores de los triángulos que portaban los prisioneros eran los siguientes: amarillo para los judíos, rojo para los presos políticos, verde para los criminales, rosa para los homosexuales, negro para los antisociales, morado para los testigos de Jehová, azul para los emigrantes y marrón para los gitanos.

nes y con las manos fuera de las mantas, los controles nocturnos se realizaban con mucha frecuencia, aquel que fuera detectado con el calzoncillo puesto era conducido al exterior, mojado con agua fría y obligado a permanecer a la intemperie, tras la consiguiente pulmonía se les conducía a la enfermería, en donde servían de conejillos de indias para experimentos médicos que finalizaban con la muerte; estaba prohibido hablar con otros internos por posibles intentos de seducción, así como acercarse a menos de 5 metros de los demás bloques; a toda costa debían permanecer aislados; como tormento físico y psicológico sus jornadas de trabajo, de exclusividad propia para los homosexuales, consistían en recoger nieve con las manos desnudas (no contaban con guantes) y depositarla al otro lado de la calle; en el verano de 1943 debían visitar de forma regular y obligatoria, tras pago de 2 marcos, un lupanar, Himmler pensaba que así se curarían de su tendencia homosexual; en el interior de los campos eran víctimas sexuales de los propios capos, a los cuales favorecían y con ello tenían asegurada la comida y evitarían los castigos procedentes de otros oficiales, se convertían en “los protegidos y nuevos amigos”; en definitiva, una enumeración de sucesos diarios que pondrían la carne de gallina a cualquier observador externo. Con todo, el tema más escabroso correspondía a las torturas, indescriptibles en estas páginas por su dureza verbal e imagen mental; y a los castigos, como el potro, con varios instrumentos para atizar, desde correas de perro hasta varas de madera; y el poste de madera con gancho de hierro, a 2 metros de altura, al que se amarraba de los brazos y conducía a que los hombros se descoyuntaran.

Entre 5.000 y 15.000 hombres fueron internados en campos, aislados del resto de deportados; sin contar a las víctimas de las cárceles, sólo en los campos del *Reich* murieron un 60% de homosexuales.

¿En qué se basaban para arrogarse el derecho de erigirse en jueces y considerarnos la casta inferior entre los prisioneros precisamente a nosotros, que no habíamos hecho daño alguno a nadie y que no habíamos cometido ningún pecado contra el bien común de la humanidad? (137).

Estas memorias constatan el pasado colectivo de las víctimas, de su testimonio, de su lucha, de su humanidad pisoteada y ultrajada; es preciso considerar al nacionalsocialismo como la más vasta empresa de propaganda que conocieron los tiempos, un producto mediocre que no sólo lo convirtió en el soberano o producto estrella de todos los mercados sino también engañó al pueblo alemán y a otros ajenos y distantes.

Christina HOLGADO